

Semblanza del Doctor Ignacio Chávez

Discurso del Lic. Luis Araujo Valdivia, Secretario del Consejo Consultivo del Distrito Federal, en la ceremonia en que se otorgó la Medalla del Mérito Cívico al doctor Ignacio Chávez.

Señalar la trayectoria; determinar el rumbo; orientar el espíritu colectivo y estimular el aliento común en una constante superación de la capacidad y del esfuerzo. Descubrir en el alma el tesoro de la inconformidad; escuchar el jadeo de la inquietud dentro del propio pecho; interpretar esa inquietud como el reflejo de una ansia de renovación que logre transformar el sentido tradicional de la cultura; comprender el secreto del destino y crear, crear sin descanso, laboriosa y perseverantemente, en la forma de una nueva pujanza, en la expresión de un pensamiento distinto, en la planeación de un sistema diferente.

He ahí las características de un hombre cuya vida es ejemplo de acción. He ahí las causas que motivan que en esta fecha memorable el Consejo Consultivo de la Ciudad de México, atento siempre a las manifestaciones más altas de la inteligencia en función de civismo, haya resuelto otorgar la medalla del Mérito Cívico al eminente doctor y maestro don Ignacio Chávez.

Nació en Zirándaro, un pequeño pueblo que entonces pertenecía al Estado de Michoacán y ahora al de Guerrero, cuyos habitantes, desde hace muchos años, no pasan de mil.

Eran diez hermanos. Todos desfilaron. El tenía apenas cinco años cuando le tocó su turno. Cinco días a caballo atravesando la sierra, subiendo barrancas y bajando cuevas, entre bosques y desiertos, desde la cuenca del Balsas hasta Morelia; y en el alma del niño dulcificada por la ternura de su madre, ennoblecida por la enérgica serenidad de su padre —ambos forjados a la usanza nuestra— en el alma del niño despertó el sentimiento de la superación mediante el sacrificio. Así llega a Morelia y aprende las primeras letras. Contempla con asombro las maravillas coloniales de la antigua Valladolid, su arquería gigantesca, su Catedral magnífica, sus edificios cuajados de leyendas.

Alumno ya del ilustre Colegio de San Nicolás, se da cuenta de que vive en un ambiente que exige la renovación. Comprende que está en medio de una lucha implacable entre lo que es y lo que debe ser. La enseñanza es libresca y verbalista. La generación a que pertenece pide una reforma. Los viejos maestros condenan el movimiento que califican de intolerable desacato. La juventud implora, clama, se rebela

y, ante la inutilidad de su esfuerzo vuela, porque la juventud tiene alas, y prometiendo volver, enfilan todos hacia México, la capital de sus sueños y de sus esperanzas. Con él vienen otros y tras de ellos muchos más, huyendo del pasado: Salvador González Herrejón, Samuel Ramos, Gabino Fraga, Rodolfo Chávez, Eduardo Villaseñor, Antonio Martínez Báez. ¡Próceres del talento cuya grandeza señaló el destino desde entonces!

Nuestra vieja capital, convertida en el vivac de la Revolución, ofrecía el espectáculo admirable de la epopeya. La miseria y el tifo diezaban la ciudad y la tragedia de una lucha pléyrica de ideales se entretenía cantando la Adelita y bailaba al compás de los disparos y con el ritmo de las carcajadas.

Aquel grupo de jóvenes se dispersa e Ignacio Chávez entra a la Escuela Nacional de Medicina. De nuevo comprende que, a pesar de encontrarse en la metrópoli, la Facultad necesita renovarse. Funda la Sociedad de Alumnos, articula y organiza el entusiasmo de los estudiantes e inicia tareas de servicio, ateneos y concursos que provocan la elevación espiritual y afirman la cultura de la juventud.

Se recibe en 1920 y contesta la interrogación crucial de su destino cumpliendo una promesa. Escoge la provincia y acepta la Rectoría de la Universidad de San Nicolás. Año y medio de lucha sin descanso, para modificar

los sistemas pedagógicos, para extinguir definitivamente el verbalismo, para formar nuevas generaciones de maestros con principios de responsabilidad semejantes a los que informan la educación del médico. Y para todo ello fué necesario enfrentarse con el pasado, demoler, arrasar, construir después.

Terminada su obra en la provincia, vuelve a México, en donde tiene que empezar de nuevo. El Rector de la Universidad de San Nicolás ingresa en la Escuela Nacional de Medicina, cuyos maestros son honra de la intelectualidad y de la ciencia, como ayudante de profesor. Pero como aun entre peñascos debe ser estimada la eminencia —así enseña Gracián—, el mérito indiscutible de Ignacio Chávez fué reconocido desde luego y el modesto ayudante ascendió con el prestigio de su talento y con la fuerza de su acción hasta Director de la Escuela Nacional de Medicina.

Un día quiere especializarse. Le interesa el corazón, pero el esfuerzo autodidacta es lento. Recuerda, sin embargo, que su propia cultura es europea. El Viejo Mundo es la fuente y la luz del conocimiento humano. Y va a París, en donde primero estudia modestamente y luego muestra el resultado de sus meditaciones. Sus artículos científicos, sus conferencias, sus observaciones, conmueven la entraña de las viejas universidades. Es un mexicano, comentaban los maestros al oírle. Es un mexicano, decían al cerrar el folleto o al concluir el libro que habían leído con interés. Ante el asombro de todos, el nombre de México resuena con acentos extraños al oído de Europa, admirada de que en este país de América, cuyo ejército no cuenta entre los ejércitos del mundo, cuyo armamento es como arsenal de juguetería frente a

los cañones y los tanques y las bombas de las grandes potencias mundiales, los hombres de ciencia y los artistas y los pensadores no sean ya un simple reflejo de culturas importadas, sino que en este nuestro país, sólo recordado para satisfacción de necesidades migratorias o de ambiciones imperialistas, en este jirón de la América tropical se planea y se construye con un claro sentido del porvenir, antes que en ningún otro país del mundo y como admirable modelo de sistema integral en la investigación y en el conocimiento que ahora reproducen las universidades y los gobiernos de Estados Unidos de Norteamérica y de Francia, la obra máxima de Ignacio Chávez, que mereció para él el honor de ser designado doctor "honoris causa" de La Sorbona: el Instituto Nacional de Cardiología.

Decía Botticelli que era perder el tiempo estudiar la naturaleza, pues bastaba con arrojar contra la pared una esponja impregnada de pintura húmeda de lindos colores para producir los paisajes más bellos; y sin embargo, de los grandes artistas florentinos del Renacimiento, es evidente que el inolvidable Sandro, autor de La Primavera, se distinguió por su avidez en el conocimiento, por el deseo de crear nuevos ideales, por la inquietud de su alma y la profundidad de su espíritu.

En México ya es preciso desentendernos de las palabras de Botticelli para seguir su ejemplo; pues si el destino que nos ha sido propicio ha permitido que el simple arrojar de la esponja de la improvisación sobre la gravedad de nuestros problemas sociales produzca la espléndida policromía de nuestras realizaciones, es indudable y urgente la necesidad de que se planifique y se actúe, en todos los órdenes de la vida nacional, dentro de un sistema de capacitación y de estudio. Porque sólo meditando y actuando constantemente; porque sólo mediante el enaltecimiento de la personalidad; porque únicamente a través de la íntima compenetración de lo que somos y de lo que puede llegar a ser nuestro vigoroso espíritu de mestizos y de hombres nuevos en un mundo carcomido por los prejuicios y envilecido por las ambiciones; porque sólo trabajando sin descanso, podremos vencer el sentido de inferioridad de nuestra raza que tan gravemente ha retrasado el progreso de la patria.

Por eso es necesaria la creación de hombres-símbolo.

Símbolo de la acción. Símbolo del espíritu. Símbolo de la victoria del pensamiento y del esfuerzo frente a las adversidades y a los vilependios.

Hombres-símbolo del México de ahora que, como Ignacio Chávez, el Maestro, sepan encarnar el ideal del nuevo luchador.

Dínamo trepidante; profundidad que hierve; acción y pensamiento articulados al servicio de la patria y de la humanidad.

Refrigeración y Calefacción S.A.

REFRIGERACION COMERCIAL E INDUSTRIAL
ACONDICIONAMIENTO DE AIRE
INDUSTRIALIZACION DE LA LECHE
CALEFACCION

CHERRY BURRELL CORP.

Altamirano, número 115
Apartado Postal Núm. 1539.
México, D. F.



Tels. Eric. 16-33-76.
Mexicana 35-57-84.